

## LAS ESCRITURAS DEL FAUNO

*José Martínez Sánchez*

Comencemos por reconocer dos momentos decisivos en la trayectoria vital y estética de Carlos Arturo Truque: el primero es la herida marcada por una educación basada en la injusticia, encarnación individual de un exclusivismo cuyos estragos se anunciaban ya a finales del siglo XIX, llevada a la nota biográfica o a la narrativa de ocasión, en ardorosas páginas escritas por autores como Porfirio Barba Jacob, Tomás Carrasquilla o Fernando González, tres de los cultores cimero de las letras nacionales. Este país de constantes guerras civiles, afianzado en estructuras medievales con una fuerte presencia de expresiones partidistas cimentadas en el dogma y la intolerancia, antes que ofrecer un camino expedito a la modernidad, a comienzos de la segunda mitad del siglo XX había perpetrado los peores crímenes contra sus dirigentes. Ultimado con el mismo instrumento que todavía es orgullo de la sociedad antioqueña, Rafael Uribe Uribe pasaría a convertirse en la estatua que hoy reposa intranquila sobre el pedestal capitalino, extraña a la mirada de los transeúntes intoxicados por la porno-cocaína y los mundiales de fútbol. Sus ideas, relegadas por los patriarcas en sucesivos gobiernos, nunca arraigaron de modo contundente en academias y ministerios consagrados a la preparación para la guerra,

la corruptela y las medidas impopulares que darían al traste con la creación y posterior arremetida del Frente Nacional. Inmolado por la misma institucionalidad que lo vio nacer, Jorge Eliécer Gaitán ingresaría a la historia y a la novela por la doble calzada de la contienda pública y la ficción literaria, en ambos casos como epifanía de la sangre que, hasta el ocaso del centenario inmediatamente anterior, enlutó los hogares de miles de contradictores del régimen bipartidista.

Ese cuadro pintado por el autor en su texto “La vocación y el medio. Historia de un escritor”, publicado en la revista Mito en 1955, más de medio siglo después corrobora la pertinacia de una educación de signo empresarial, abierta a la deshumanización y a la competencia de nuevo estilo en la esfera de lo social. Segregados por un medio hostil al ascenso de los desposeídos, entre la censura y la autocensura, los escritores sobrevivientes al período 1948–1956, tras lograr mantener su sensibilidad a raya de la componenda, deberán desarrollar un proyecto de resistencia de indudable repercusión durante los años de expansión de las ideas proletarias y la consecuente controversia estética propiciada desde los círculos intelectuales europeos.

Atento a la coyuntura, como lector y cuentista consagrado, Carlos Arturo Truque parece flotar en un universo propio, tanto en la concepción y ampliación de su ideario como en la realización de un género de pocas nueces en el preludio de la narrativa colombiana. Este segundo momento, anclado en la realidad literaria de la capital, denuncia la tendencia rectora en que se debaten los medios culturales, indispensables para el cumplimiento del ciclo creador: “Literatura sucia llamaban a mis escritos por el solo hecho de usar términos que la moral y las buenas costumbres consideraban lesivos. Todo un atentado constituye en el país el uso de palabras que figuran en los diccionarios y que las señoras, las buenas señoras, consultaron a hurtadillas cuando tenían doce años y no las olvidaron, a fuerza de repetir las, en el curso de sus vidas”. La palabra fea, motivo de la censura, continúa Truque, era “Grancarajo”.

Igual cosa le sucede a Gabriel García Márquez con la recepción del Premio Nobel, casi tres décadas más tarde. No eran señoras las

más encarnizadas críticas del escritor costeño, desentendido de la carga emotiva de los lectores, sino los señores, los muy ostentosos y aguerridos representantes de las ideas tradicionales. Inferimos que aún deberán cruzar muchos puentes sobre los ríos para que Colombia, nuestra querida y siempre criticada Colombia, acuda al diccionario como la segunda fuente de riqueza lingüística, ello amparados en la irritabilidad de un tiempo que avanza con rapidez hacia la consolidación del primer cuarto del siglo XXI. Aquí podríamos hallar una de las causas para que la literatura —aquella que se produce en diversas ciudades con un sentido ético contrario al gran mercado persa de la industria— se niegue a ese estrecho núcleo de lectores esmerados. Pese a las circunstancias mencionadas, distinto al caso de otros escritores de su época, el autor de “Vivan los compañeros” goza hoy de un prestigio evidente, producto de esa vocación que ha hecho inconfundibles a escritores de procedencia diversa.

Convertido en una especie de fauno por la sociedad de su tiempo, Carlos Arturo Truque es otro más en esa larga lista compuesta por artistas, pensadores, poetas y narradores que conforman una minoría de elegidos (siguiendo el término de Gracián), tocados por el florecimiento artístico en pleno auge de su juventud. En Colombia, casos como el de Andrés Caicedo y Gonzalo Arango, símbolos juveniles de una escritura suburbana, con sus tempestades y modelos, constituyen excepciones cercanas al derrotero trazado por el desasosiego, frecuente en el modo de vida instaurado en las clases medias de la población. En Truque, dicho desajuste proviene de la infancia temprana como comprobación de las diferencias sociales sobreentendidas, más allá de los derechos, en la posesión de bienes materiales y en los conflictos raciales. Las comunidades afrodescendientes, dispersas en regiones afines de las costas Atlántica y Pacífica del continente, durante siglos han debido enfrentar el rechazo a sus creencias, a sus costumbres y manifestaciones culturales no incorporadas al orden establecido.

En la justa línea del “compromiso”, en que ser y deber comparten una vía ineludible, el escritor asigna al cuento literario el espacio de singularidad sonado en el ámbito del ensayo. En la breve entrevista concedida a J. M. Álvarez d’ Orsonville en 1960

para el libro “Colombia literaria” se deslizan, con el denuedo y la penetración de quien conoce los límites del género, apreciaciones premonitorias sobre la artificiosidad a la hora de puntualizar el sistema de escritura: “No creo que sea deber abrir el camino a los planteamientos sociales en la literatura. Ellos existen independientemente de ese deseo. Están allí, no pueden ser negados. Me atrevería a decir que dada la gran cantidad de problemas de esa índole que nos agobian, es una tradición que los escritores se dediquen a hacer incursiones desafortunadas en el mundo conturbado de Franz Kafka o hagan perfectísimos pastiches de William Faulkner”. Dos enunciados que parecen incompatibles y que, si nos atenemos a la experiencia literaria transcurrida entre finales de la década de los setentas y el comienzo del nuevo milenio en nuestro país (salvo la de García Márquez, más propicia para la indagación crítica) ambos desembocan en una problemática superada, de hecho, en los estudios teóricos.

En esa dirección, de conceder un elemento significativo a la obra narrativa de Carlos Arturo Truque, nada más apropiado que la “autenticidad”. Los cultores del realismo en sus múltiples derivaciones privilegian, en terrenos más ambiciosos, el contacto con la aldea por sobre el costumbrismo a ultranza. Al incorporar la expresión poética, el modismo y el conflicto social se tornan teóricos, portavoces de un tiempo y una realidad que está siempre ahí, por encima de la voluntad del creador. Con el cuento “Vivan los compañeros” damos cabida a un escrutinio por los vericuetos de la violencia en los Llanos Orientales. La oposición entre cultura y violencia sostiene la gradación del relato, un retablo donde el poder descriptivo se adentra en la psicología de personajes *in situ*. Lectura y escritura —hábitos propios de la enseñanza— son medios facilitadores del conocimiento. En la frase del moribundo, belleza y conocimiento se disputan el triunfo sobre la muerte.

“Sangre en el llano” extiende la atmósfera en simultaneidad esterilizada por acción de las huestes. Por el terreno polvoriento y la presencia de ejércitos en pugna, ciertos textos de Faulkner y de Rulfo se revelan a la conciencia del lector. La violencia política en diferentes zonas del continente americano reporta rasgos comunes, lenguajes y sentimientos consubstanciales al sufrimiento

de las gentes incorporadas al peligro. Una crítica necesaria a la literatura escrita y publicada en los años de la guerra fratricida, inspirada en la crueldad de los acontecimientos históricos, destaca el predominio del documento en menoscabo del carácter artístico de la obra. Con certeza podemos afirmar que, en la visión de Carlos Arturo, lo estético gana la partida al simple testimonio, soporte único en una vasta producción de textos aun en épocas recientes.

La efectividad del proverbio se pone a prueba en “Granizada”, tratamiento de la fe cristiana según la contienda del hombre y la naturaleza, interferido por la religiosidad primaria de una de las protagonistas, resuelto con el sacrilegio de la víctima. El temor a la pérdida del producto, objetivo éste de toda subsistencia, busca el equilibrio en la bondad del fenómeno atmosférico que amenaza la estabilidad de la familia. Recreado por autores cercanos al verismo, el tema se muestra recurrente en asentamientos campesinos y periféricos de las grandes ciudades. Se repite en el cuento “La noche de San Silvestre”, más claramente en las palabras de la vecina como expresión de solidaridad hacia la madre del enfermo. También aquí es derrotada la superstición por la intensidad del momento. La vida huye de los cuerpos sometidos al abandono oficial, al descuido de las instituciones de salubridad, anticipo de lo que vendría a ser, al cabo de unas décadas, el derecho permutado en negocio rentable.

No todos los cuentos de Carlos Arturo Truque abordan la problemática del hombre del campo, acosado por la sequía y la muerte. El amor esperanzado, la vida fabril, la locura, las músicas ancestrales, el olvido y el azar recorren estas escrituras decantadas por la poesía y el epítome de la forma. En estas narraciones contundentes, vivaces, encontramos una de las manifestaciones literarias más afortunadas de la segunda mitad del siglo XX en Colombia.